

## Defensa del ideal <sup>(1)</sup>

**“Quod habetis tenete... et qui vincerit et custodierit opera me dabo illi potestatem et stellam matutinam”.**

(Del Apocalipsis).

Ilustrísimo Sr. Rector, señores conciliarios, piadosos alumnos:

Venerando, como lo ha hecho siempre el cristiano iluminado por la fe, en la Virgen María a la madre verdadera de Dios encarnado, dondequiera y en el curso de todos los tiempos la ha tomado como modelo y guía, como soberana espiritual, como defensa cierta, como infalible protección.

A gala tuvieron monarcas cristianísimos el rendirle —devotos caballeros suyos— pleitesía conforme a los ritos de las edades legendarias; cuál deponía su mandoble mellado en muchos victoriosos encuentros, ante el altar de la celeste Señora; cuál otro hacía flotar su estandarte delante de sus orgullosos gonfalones sembrados de heráldicas empresas y bordados en oro; cuál más quería que sobre la cabeza de su silla de combate fuese siempre, como presagio de triunfos, la imagen de María. A veces las ordenanzas militares le decretaron honores, toques de clarín, rendir de armas, como a capitana general; otras, un reino entero le ceñía alborozado corona real; y telas y esculturas y templos magníficos daban perenne testimonio del homenaje, al propio tiempo que eran tributo de sentida gratitud por los múltiples beneficios debidos a su diestra de piadosa madre y poderosa soberana.

---

(1) Oración pronunciada en la Capilla de este Colegio Mayor por el señor presbítero Dr. Alvaro Sánchez, en la Fiesta de **La Bordadita**.



Los letrados y los artistas buscaron en Ella fuente de fecunda inspiración, y mientras los unos se esforzaban por exponer en elegantes y prolijos tratados sus privilegios, sus atributos, sus glorias, los otros intentaron traducir en formas y colores, en ritmos y medidas, la ideal imagen de la mujer en cuyas entrañas se llevara a término el misterio de antaño vaticinado: Dios con los hombres.

Qué mucho entonces si una reina hispana al tener noticia cómo en Santafé de Bogotá, capital de un virreinato suyo, se había fundado un claustro para leer filosofía, para sacar varones aventajados en letras y en hombría de bien, determinó que una imagen de María, bordada por su mano, presidiese los afanes de la ciencia, y la franca alegría y el sereno reposo de los lejanos estudiantes.

Pero me ocurre que en este señalar como patrona de un estudiantado mozo y entusiasta a la Virgen madre de Dios, hay, a más de una expresión de cristiana piedad, una lección que es preciso no dejar pasar inadvertida. Es ella la encarnación de un ideal.

Si el viejo para quien ya el sol de la existencia da apenas un último y fugaz resplandor se apacienta de recuerdos; vosotros, para quienes comienza la aventura, viajeros del país del ensueño, con la alforja al hombro en una mañana de sol, debéis vivir del itinerario de las futuras conquistas. Y, ¡ay! del mozo a quien ningún anhelo ha llamado con fervor insistente. Como el peregrino del poeta, a quien os interroga:

*“¡Oh! ¿señor tan nuevo, de ojos encantados  
va para sus huertas a tan buen andar?”*

deberías responderle, menospreciando menesteres y afanes. hartos positivos:

*Voy a buscar oro y a juntar diamantes,  
voy a lograr mundos...  
A mis pies florecen los malos caminos  
pues llevo en la entraña luz de astros divinos...*

Vale decir que debéis de tener un ideal.

Mas ¿qué significa esta palabra? Enseña la filosofía, al tratar de las causas, que hay una sin la cual las otras no des-pertarían la actividad del agente; una, la postrera en la ejecución, y la primera en la intención; tan sutil y maravillosa que da cuerpo y valor moral a las acciones humanas, las disciplina y las encauza, y es la que el lenguaje de la escuela denomina causa final. Sabéis mejor que yo cómo las tendencias de las doctrinas antiespiritualistas de nuestros días van a la negación de las causas finales. Se deduce entonces con toda claridad, que puesto el pie en ese plano peligrosamente inclinado, se llega a la concepción materialista de la historia, a la entrega del hombre en poder de todos sus bajos instintos, al desajuste universal. Si no existe, como última meta de la actividad humana, un fin trascendente, bien que sobrepase a los pobres y limitados intereses presentes, ¿a qué sacrificar el provecho inmediato en aras de una utopía, de una pura ilusión?

Imaginad que en un momento dado las aguas de varios y encontrados torrentes se diesen cita en un valle, sin que hubiese lecho abierto por dónde encauzar su salida; allí sería el formarse crestas de ruidosas espumas; allí el precipitarse las masas líquidas unas sobre las otras con pavoroso estruendo; allí el sepultarlo todo la turbulenta inundación en su fondo siniestro. El dar un cauce, el dirigir, el señalar una boca de salida, un término, hará de esas aguas fuerzas vivas pero destructoras, un elemento benéfico: el orden, el provecho lo determinará el fin.

Pues bien, eso ha sucedido en lo moral al negar las causas finales superiores. En monstruoso desconcierto las energías humanas se debaten sin acertar a abrirse una salida. Se logra a veces la ventaja inmediata; el éxito del día; en ocasiones, a precios de infinitas injusticias; y queda incierto y flotante, amenazador el mañana. El mundo ha renunciado al espíritu, a los fines superiores, al culto de un ideal, y en pavoroso desconcierto quiere con factores externos, pactos, alianzas, fantásticas armadas de aire, mar y tierra, reconstituir el compás interior lastimosamente perdido.

El ideal será, carísimos amigos, un fin superior, nobilísimo tipo de perfección a cuyo logro encamina el hombre sus

energías, presupuesta una vocación determinada. Si os lanzáis a la vida ayunos de un ideal, con la vista puesta tan sólo en pobres fines inmediatos, limitados y pequeños, iréis a comprobar en breve lo infructuoso de vuestros esfuerzos, porque es propio del ideal coordinar las energías, sostenerlas en sus ejercicios y desarrollo, y dar a todos nuestros actos su propio sello de grandeza.

“Una potencia ideal—dice a este propósito y hablando nada más que a lo profano, un renombrado escritor de nuestro siglo—un numen interior, sentimiento, idea que florece en sentimiento; amor, fe, ambición noble, entusiasmo; polo magnético según el cual se orienta nuestro espíritu, valen para nosotros tanto por lo que valga el fin a que nos lleva (y en ocasiones más) por su virtud disciplinaria del alma, por su dón de gobierno y su eficacia educadora.

“Cuando falta en tu alma una energía central que dé el tono y norte a tu vida, tu alma es un baluarte sin defensa, y mil enemigos que de continuo tienen puestos los ojos sobre él caerán a tomarlo, compareciendo así de la realidad que te circunda como del fondo de tu propia personalidad. Los que proceden de afuera son las tentaciones vulgares, ocultas tras la apariencia de las cosas. Quien no tiene amor y aspiraciones donde se afirme, como sobre una base de diamante su voluntad, se expone a ceder a la influencia que primero o con más artificiosidad lo solicite en los caminos del mundo, y esa viene a ser así su efímero tirano, sustituido luego por otro y otros más, con el sol de cada día”.

Sin duda que desde el principio en el alma de los grandes creadores, artistas o plasmadores de pueblos, existían múltiples posibilidades; si no hubiesen escuchado, fascinante, imperativa, la llamada de su ideal, de seguro que sus obras no hubiesen traspuesto los términos de lo vulgar; empleadas en múltiples objetos, sus capacidades hubiesen carecido de esa intensidad pasmosa que los condujo a la cima. Como la lente concentra los rayos solares y en un determinado punto hace surgir la llama, así el ideal fijando las energías anímicas, los entusiasmos, las iniciativas, los recursos, en un solo punto, hará surgir la llama que ora iluminará desconocidos sen-

deros, como plasmará el bronce de la estatua o se transfigurará en estrella de un destino inmortal.

Mas, ¿a qué hemos de buscar consideraciones o ejemplos profanos en probanza de cómo el ideal coaduna, centuplica y sublima las fuerzas del hombre, cuando en las páginas siempre luminosas del Evangelio aparecen los más convicentes y hermosos? ¿Qué eran los doce de la escuela de Cristo sino unos bateleros ignorantes, unos modestísimos hijos de la gleba? El más destacado empleaba sus horas en el telonio cobrando a las gentes trabajadoras, los pobres, contribuciones e impuestos para el tesoro del César. Un día alentó sobre ellos el soplo gigante de un ideal divino: Un Maestro en cuyas pupilas ardían los fuegos de la eternidad, cuyas palabras eran la misma verdad, cuyas obras el paradigma de la justicia; los llamó a sí para la realización de una empresa. Dejaron sus redes, sus barcas mal carenadas, sus albergues estrechos; renunciaron a vivir para sí en pro de una conquista inaudita: la del mundo asentado en tinieblas y en sombras de muerte, y el mundo, acostumbrado a las tinieblas, acabó por recibirlos como a los portadores de una claridad nueva; acostumbrado a la mentirosa palabra de los sofistas, oyóles como a los ecos infalibles de la eternal sabiduría; sometido a la servidumbre de los desórdenes morales, aceptó de sus manos una ley que sujeta los apetitos y da libertad al espíritu.

Un ideal divino hizo de unos galileos sin significación, los heraldos de la buena nueva; sus energías, ayudadas por una fuerza sobrenatural conmovieron al mundo, y de los sórdidos trabajos de la pesca ascendieron a la purpúrea transfiguración del martirio.

Formaos un ideal como hombres de ciencia, como patriotas, y, señaladamente como cristianos. No está la felicidad en vivir, os diré con Saavedra Fajardo, sino en saber vivir; porque no mide el tiempo la vida sino su empleo. La que como lucero luce entre niebla, o como luna creciente, luce a otros por el espacio de sus días con rayos de beneficencia, siempre es larga, como corta la que en sí misma se consume... Un breve instante resuelve una acción heroica, y pocos la perfeccionan. ¿Qué importa que con ella se acabe la vida, si se transfiere a otra eterna por medio de la memoria? La que dentro

de la fama se contiene, solamente se puede llamar vida, no la que consiste en el cuerpo y espíritus vitales, que, desde que nace, muere... Gran fuerza de la virtud, que, a pesar de la naturaleza, hace inmortalmente glorioso lo caduco.

Pero ¿en dónde, me preguntaréis, debemos buscarlo? ¿Qué principio ha de servir para descubrirlo? ¿Qué consejo o norma deberá observarse para fijarlo? Pues, si en el estudio y escogencia del ideal hubiere engaño, y no otra cosa se os señalara como meta de vuestras ambiciones sino bienes aparentes, fantasmas imposibles, torcidos y pérfidos señuelos, de cierto que aun así vuestras vidas tendrían un sentido, pero cuán doloroso y funesto: las fuerzas que el bien reclamaba para sí, tan sólo os servirían para la siembra de tempestades.

¿Cuál, repito, será la norma o principio que haya de seguirse en la determinación del ideal? Si, como hemos dicho, debe clasificarse en la categoría de los fines, y el fin ha de guardar armonía con la misma naturaleza de los seres, síguese que estudiando el pensamiento inicial, que presidió el origen de cada entidad en sí y en su vida de relación, podremos fijar el término a que nuestros esfuerzos se ordenen.

Con lo cual vengo a tocar de nuevo la materia que el año pasado fue motivo de mis reflexiones. La tradición vuelve a surgir ante nuestros ojos como orientadora del ideal; como forja para modelarlo; como taller de donde debe salir muy cumplido y ataviado para la marcha que después se seguirá.

Por tradición no ha de entenderse la forma accidental y puramente externa que imponen las más de las veces los accidentes de tiempos y lugares; tradición no será, por ejemplo, refiriéndome a vuestros problemas, el silogismo escueto que esgrimían en sus discusiones los escolares de hace dos centurias; ni la hoga o el chambergo heredados de los estudiantes salmantinos, sino la idea que surgió en la mente del fundador del Instituto y lo vigorizó a través de la historia, lo hizo fecundo y próspero y le continuará dando cada vez esplendideces mayores, mientras con más amor se la cultive como lámpara votiva de este santuario de la ciencia.

Si una semilla fuese capaz de pensamiento en todo el curso de su ciclo vital, brote diminuto al principio, planta vigorosa después, luego florecida y cargada de frutos, ¿qué an-

helaría sino volver a trocar sus flores en simientes en todo semejantes a la inicial pero predestinadas a más gloriosas primaveras? Y si la planta en su deseo se apartara de ese ciclo y quisiera ser distinto germen de muy diversas existencias, ello determinaría su desfiguración, su esterilidad y la muerte. Por modo semejante, en la busca del ideal, sin que eso signifique jamás el eterno retorno que idearon algunos desolados filósofos, preciso será ir a la fuente, inquirir en la tradición el concepto puro que dio origen a esa vida potente; y su afirmación cada vez más franca, cada vez más decidida, cada vez más potente, con mayores anhelos de realización y perfección fijará el ideal de nuestros esfuerzos.

Observad cómo las mismas artes en su evolución en busca de ideal, miran con fervor de iniciados a su cuna remota; ese desdibujo de las nuevas escuelas, esa afectada sencillez, ¿qué es en suma sino un anhelo por despojar la expresión prístina, más sincera, más pura? Pues, y los poetas en su afán de acabar con las rimas y las medidas y los acentos, y procurar una nueva musicalidad a sus estrofas, ¿qué intentan sino quitar al lenguaje poético el adobo con que el uso de anteriores maestros y muy gloriosos portaliras lo había cargado, para encontrar la poesía fresca y multisápida en su manantial primitivo?

Y hasta los movimientos sociales y políticos parece como si obedecieran a un ritmo semejante: se busca o se pretende buscar en el pensamiento de origen la cifra exacta del ideal ambicionado.

Afirmarse es vivir; cultivar las tradiciones en sus altos sentidos es robustecer las razones de la existencia, es proyectarse al futuro con empeño triunfal.

Negar o desconocer la tradición, buscar un ideal desligado de ella, desfigurarla de una manera o de otra es amenguar la propia personalidad; disminuir las posibilidades de éxito es condenarse al fracaso.

Finje H. Bordeaux en alguno de sus libros, un sucedido que tiene el valor de un apólogo. Había en lo más retirado y tranquilo de los Alpes franceses una aldea; en paz vivían y sencillo bienestar sus no muy numerosos moradores; ni som-

bra de desacuerdo entre ellos, ni falsas ambiciones, ni desarregladas costumbres habían turbado nunca el eglógico sosiego de aquellos valles; era un ideal de paz en medio del turbado mundo. Un día, las necesidades de la industria exigieron que un arroyo, regadío y frescura de la aldea, fuese remansado por un dique potente, para convertir en lago el sitio ocupado por la iglesia y demás modestas construcciones. Edificáronse en otro lugar mejor acondicionado y más fértil las casas una a una; surgió en medio de ellas la aguja de la ermita; en breve todo quedó sustituido. Cerrado el dique, las aguas fueron acreciéndose y muy pronto no quedó nada de lo que había sido poblado y caserío; sobre la superficie de las aguas del lago artificial quedaron flotando algunas cruces, ello hizo advertir un olvido fatal: el cementerio no había sido trasladado y la nueva y flamante aldea no tenía muertos. Aun cuando se la dotó de camposanto, los vivos se sintieron desvinculados, y la aldea se acabó porque no tenía muertos. Faltaba la sombra de los que fueron; el calor de vida, parece paradoja esta frase, que se desprende de una tumba.

Señores estudiantes, no habrá peligro de que en medio de vosotros se cumpla el tristísimo apólogo, porque vosotros tenéis muertos; todo en este claustro venerable os habla de la tradición y os señala un ideal.

Vuestro ideal como estudiantes, escrito está en cada piedra de él. De aquí salieron los varones egregios, unguidos con el óleo de la cristiana doctrina y de la cristiana fortaleza para luchar y vencer; de aquí los artífices de la patria; solar de la libertad y la justicia, es esta casa; vuestro ideal será continuar esa misma trayectoria y laborar porque la antorcha de la verdad ilumine las mentes de las nuevas generaciones, porque la justicia y la libertad fundadas en la doctrina del Evangelio no se eclipsen jamás bajo el cielo que recibió el huelgo postrero de Caldas y de Torres, de los Caicedos y Torices. Vuestro ideal como cristianos será, puestos los ojos en Cristo y en su Madre bendita, aspirar a merecer el que sobre vuestras losas pueda escribirse el solo epitafio digno del Hijo del Hombre, *per transiit benefaciendo*: paso por la vida haciendo el bien.

Mirad, caros amigos: esa tela recibió muchos ruegos silenciosos, muchas plegarias encendidas, presencié sin duda muchas vigiliass; ella os habla con la voz de la tradición, que es la voz milagrosa del ideal, y mejor que en la estrofa del poeta, os dice *exceltior*, arriba, siempre arriba, siempre adelante.

Conservad, os diré con el apóstol, lo que tenéis; guardad las obras de los que os precedieron y tened entendido que os será dado el poder triunfar, y la luz de la estrella de la alborada. *Et dabo illis potestatem et stellam matutinam*.

Muy ilustre señor Rector: en manos diestras y diligentes ha colocado la Providencia este plantel, santuario venerando de las tradiciones patrias y foco viviente de encendidos ideales; que las generaciones por vos formadas en este culto constituyan la salud y gloria de la patria, la prez del Colegio y vuestra envidiable corona.

